

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 20 de mayo de 1897.

Núm. 5.º



SUMARIO

GRABADO

Retrato de Eduardo Aveling.

TEXTO

Eduardo Aveling.

Crónica, por Lázaro Virto.

Método para estudiar el problema social
(continuación), por G. Renard.

Mi Cristo, por Alvaro Ortiz.

El programa de los emigrados comunistas
blanquistas (continuación), por
Federico Engels.

Cambio de ideas, por Pablo Cermeno.

Cuentecito, por E. G. L.

Entretenimientos.

Notas bibliográficas.

Correspondencia.

Anuncios.



Eduardo Aveling.

Eduardo Aveling nació el 29 de noviembre de 1851 de una familia de ascendencia burguesa, que se vanagloria de tener un árbol genealógico tan antiguo como el de un duque ó un conde de los que se remontan al tiempo de las Cruzadas. «Entre mis antepasados — dice Aveling — ha habido algunos grandes señores que hubieran merecido ser ahorcados.» Su familia es irlandesa, con mezcla de sangre francesa.

Cursó sus estudios en la Universidad de Londres con el mayor éxito, obteniendo todos los años medallas y recompensas universitarias. Sus padres, aunque tenían muchos hijos, no poseían tantos miles de pesetas como antepasados; así, pues, el joven Aveling, al salir de la Universidad, tuvo que dedicarse al profesorado. Gracias á sus títulos y á las relaciones de su familia, que era sumamente religiosa, pudo crearse con facilidad una regular posición, la cual perdió desde el momento en que públicamente se declaró ateo y en que emprendió, en unión de Mme. Bezzant y de Bradlaugh, la propaganda materialista. Aveling era el naturalista del partido librepensador inglés. Pronto se hizo notable, y llegó á ser uno de los más hábiles vulgarizadores de las teorías darwinianas. Trabajó co-

nocimiento con Huxley, con Tyndall, con Ray-Lancaster y con todas las notabilidades científicas de Inglaterra, volviendo de nuevo á conquistar una posición. Pero Aveling tuvo la no pequeña desdicha de ponerse en contacto con Marx y dejarse llevar de las teorías económicas del pensador comunista. Con el mismo valor que había declarado su ateísmo, confesó su comunismo: los sabios se apartaron inmediatamente de él como de un apestado. Habiéndosele comprometido, así como á Tyndall y Huxley, para que diese una serie de conferencias en el Instituto popular de Londres, se le impidió cumplir su palabra por el temor de que la cátedra profesoral fuera denigrada por la presencia de un comunista.

Aveling es uno de los más fogosos campeones del Partido Socialista de Inglaterra. Fué redactor asiduo de *The Commonweal*, y en unión de su esposa, Leonor Marx, ha hecho notables campañas de propaganda en los principales centros obreros de Inglaterra y los Estados Unidos.

CRÓNICA

Un poquito desigual les ha salido á *El Imparcial*, al *Heraldo* y á la pobre gente que les hacia coro, la manifestación que tenían dispuesta para recibir al héroe de Cavite. Y todo por los maquiavélicos manejos del pícaro Gobierno, que ha puesto grande interés en que el recibimiento preparado al bravo general resultase deslucido.

Así lo han entendido el *Heraldo* y *El Imparcial*, pareciéndose en esto al soldado de cierto sainete, que atribuía á maquinaciones del presidente del Consejo de ministros la causa de no haber conseguido los galones de cabo.

Sin embargo de que la manifestación no ha sido tan lucida como hubiesen deseado los periódicos antedichos, éstos no se muestran del todo disgustados del éxito, y hacen bien en mostrarse así, ya que el que no se consuela es porque no quiere. El recibimiento hecho á Polavieja ha sido, según el *Heraldo*, «digno del pueblo de Madrid».

Realmente hay en todos estos trabajos de una parte de la Prensa, fuera de ciertos móviles más ó menos frívolos, una manera de salvar la imprevisión ó la falta de tino del Ayuntamiento de Madrid, que no se ha hecho ó no ha querido hacerse cargo de que los pueblos necesitan en sus fiestas algún aliciente para atraer forasteros que hagan el gasto consiguiente.

El general Polavieja ha sido esta vez para los *isidros* una *great attraction*, y para el comercio y la industria y los periódicos que han promovido la manifestación ó el festejo un medio de acrecentar sus fondos.

Por supuesto que al recibimiento hecho al ex capitán general de Filipinas ha concurrido el público de siempre, el que va á todas las manifestaciones cursis, el que va á los toros y á las procesiones, el que canta la marcha de Cádiz á grito pelado: los *españolitos*, en una palabra. No ha faltado en la función ni el indispensable coro de estudiantes.

El público aclamó al héroe gritando «¡viva el general Polavieja!». Y el héroe contestó: «¡Viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el Ejército!»

Nada más: ni un viva al pueblo que le aclamaba. Verdad es que ese pueblo no lo merece. Se halla muerto para toda iniciativa útil. Y un pueblo así no puede ni debe vivir.

Quien se ha salido de madre para recibir al general Polavieja ha sido la burguesía barcelonesa. En un solo arco de triunfo se ha gastado nada menos que 7.000 duros.

Habría quien diga que con esta cantidad se hubiera podido enjugar muchas lágrimas de gente desvalida; pero no hay que hacer caso de sensiblerías cursis.

Lo principal es festejar á los héroes de la patria; es decir, á los que tienen la obligación de serlo por razones de oficio.

Que á los otros, á los que son arrancados de sus casas por no tener 1.500 pesetas, ya hemos visto cómo los trata el patriotismo español.

Un periódico de Madrid — el *Heraldo* precisamente — llama la atención de las autoridades acerca de las pedreas que libra diariamente una turba de muchachuelos en las calles inmediatas á la parroquia de San Lorenzo.

Esas pedreas no son otra cosa que una consecuencia de la educación que reciben los chicos, y á la cual contribuyen no poco el *Heraldo* y todos los demás periódicos que componen la *claque* de ciertos héroes.

Los chicos se sienten también Polaviejás.

Don Nicolás Estévanez, el famoso ministro de la República española, ha publicado en París un *Diccionario militar* en el cual se halla la definición siguiente:

«Burgués. — Todo el que no es militar y paga ó debe pagar contribución. — Este nombre no es un galicismo, como algunos creen; es del más castizo y perfecto castellano. — El burgués es enemigo natural é irreconciliable del Ejército, aunque lo aclama en ocasiones críticas; eminentemente mudable y tornadizo, pide unas veces la supresión de los ejércitos y la paz universal, otras el servicio universal y obligatorio, *excepto para sus hijos*. No tiene más ideales que el cupón y el dividendo; es un cáncer social.»

Esta definición, si se exceptúa su primera parte

— porque hay militares que son burgueses y hay contribuyentes que son víctimas de la burguesía —, es verdaderamente irreprochable; pero ¿cómo compagina el señor Estévez sus ideas republicanas con el espíritu en que esa definición se halla inspirada?

Ningún republicano que en algo se estime debe tener tan desfavorable concepto de la burguesía.

Eso se queda para los socialistas, que con mejores títulos que nadie aspiran á ejercer de cirujanos en la operación de extirparle ese cáncer á la sociedad.

* *

Véase de qué manera da cuenta de un hecho escandaloso un periódico de Madrid:

El escándalo de anoche. — Un regular escándalo se promovió anoche en la calle de Alcalá, junto al café de Fornos.

Dos caballeretes, á juzgar por el traje que vestían, que se hallaban á la puerta de dicho café, ultrajaron á una joven que por allí pasaba con su padre, con frases indecorosas.

El padre de la joven increpó á aquellos mal educados por su comportamiento grosero, y entonces los jóvenes le agredieron, propinándole un bastonazo que le causó una herida leve en una ceja.

Uno de los agresores huyó, y el otro, que estaba hecho una cuba, fué conducido á la delegación del distrito, donde hubo necesidad de administrarle el amoníaco en vista de la *tajada* monumental de que era portador.

Quedó detenido.

Si esos «caballeretes» hubieran sido «gente de poco más ó menos», sabríamos á estas horas todas sus señas personales; pero, tratándose de gente que viste bien, la Prensa de información guarda siempre una *prudente* reserva.

Y demuestra una imprudente parcialidad.

* *

En Valladolid se ha celebrado una peregrinación para impetrar de la divina misericordia la inmediata y completa terminación de las guerras de Cuba y Filipinas.

Pero ya verán ustedes cómo sigue haciéndose la *sueca* esa misericordia.

Sin embargo, los católicos persistirán en este género de rogativas.

Piensen como pensaba aquel general que mandó disparar uno de sus cañones contra un enemigo muy lejano.

— Ved — le dijeron — que el cañonazo no alcanzará al enemigo.

— No importa — contestó. — Si no alcanza uno, se repetirá.

LÁZARO VIRTO.

La variedad de criterios con respecto á la investigación de la verdad, es indispensable; pues si todos pensáramos igual, no podríamos rectificarnos unos á otros, y los errores del primer hombre se repetirían eternamente, sin posibilidad alguna de progreso hacia la verdad. — X.

MÉTODO

PARA ESTUDIAR EL PROBLEMA SOCIAL (1)

(Continuación.)

No quiero ocuparme hoy sino de la segunda, y es bastante. Me preguntaréis por medio de qué procedimiento se puede construir una ciencia de este género. Cada orden de ciencias tiene sus reglas propias, y no hay causa de error más segura ni frecuente que llevar á uno de ellos el método del otro. Mientras se trata de lo concreto, de lo real presente ó pasado, el método de observación, el que se emplea en las ciencias naturales, es el que se impone, el que permite llegar á resultados nuevos y ciertos, elevarse paulatinamente de los hechos particulares á las verdades generales. Mas en cuanto se trata de ciencia abstracta, el método cambia al instante. En Geometría, por ejemplo, siéntanse desde luego axiomas de los cuales se deduce, con arreglo á las conocidísimas leyes de la lógica, una serie de consecuencias y de corolarios.

El razonamiento impera aquí, así como la experiencia — comprobación y complemento de la observación —, es soberana en Física ó en Química. De igual modo, cuando se trata del ideal social, hay que asentar como base de los axiomas, es decir, de los hechos simples de orden moral y político, hechos evidentes, probados, ratificados por todos los medios de que disponemos. A esto es á lo que se denomina *principios*, de los cuales, una vez establecidos, hay que deducir rigurosa y denodadamente las conclusiones que en ellos se encuentran contenidas en potencia.

Paréceme ya oír las objeciones. Se me va á decir que la ciencia, hecha de este modo, estará suspendida en el vacío. No; lo que importa es que los principios destinados á servir de base al edificio entero estén severamente contrastados y formulados con precisión; que se resuman en algunas verdades tan verdaderas, que no hayan menester de demostración. Es una tarea delicada, pero no imposible ni abrumadora, el escoger estas verdades primordiales. Soy de opinión que los principios de la moral y de la justicia son más sencillos de lo que se cree, y que quizá son más accesibles á las inteligencias menos cultivadas que los axiomas de Geometría ó que las reglas de la Aritmética. El interés personal nos «hiere agradablemente los ojos», como dice Pascal; se ve muy pronto lo que se debería hacer. Lo más difícil no es la teoría, sino la práctica de la justicia.

Se me dirá todavía que semejante ciencia será horriblemente peligrosa. ¿Peligrosa? Seguramente.

(1) Desde hoy se encarga la Redacción de continuar traduciendo este hermoso trabajo de Georges Renard. El señor Romero Quiñones nos ha enviado sus cuartillas cuando ya le habíamos sustituido en su trabajo. De todos modos, dámosle las gracias.

te, para los privilegiados, para las iniquidades existentes, para los antiguos abusos, de los cuales es tan cómodo disfrutar diciendo que son eternos. Convengo en ello de buen grado; y de todas las razones que se oponen á la creación de una ciencia del ideal social, ésta es, sin duda, la más poderosa, y también la que se reconoce menos; y cuando se habla de peligro, alúdese generalmente á las innovaciones temerarias, á las aberraciones posibles, á las tentativas quiméricas para hacer entrar á la sociedad en el marco rígido de un sistema de hierro. Responderé que aquí se confunden dos cosas muy diferentes: la constitución científica de un ideal social, la cual no realza más que á la ciencia, y la aplicación de los principios á la realidad, que entra en la práctica y admite todas las precauciones, todos los temperamentos imaginables.

Responderé también que todos los días Parlamentos y Gobiernos, reyes y ministros, cuando firman un decreto ó fabrican una ley, hacen todo esto en nombre de principios expresados ó sobreentendidos; todo programa, toda medida política, implican una teoría que la mayor parte de las veces no tiene valor ni pretensión científica. Ahora planteo yo sencillamente esta cuestión: ¿Qué es más perjudicial, abandonar la dirección de la sociedad á gentes cuyos motivos de acción son personales, arbitrarios, incoherentes, inconsistentes, ó bien buscar metódicamente los verdaderos principios directivos que dimanen de la naturaleza de los hombres y de las cosas? ¿Es mejor dejar el cuidado de la salud al empírico ignorante y charlatán que purga y sangra al azar, ó al médico concienzudo é instruido que ha estudiado pacientemente las causas y los remedios de las enfermedades? ¡Oh! Bien sé yo que cuando está uno bueno hace burla fácilmente de la medicina y de los médicos; esto cae bien, en el teatro sobre todo. Pero sobreviene una epidemia, aunque no sea más que de *gripe*, y la ciencia tiene desquites triunfales.

Es, por consiguiente, legítimo, prudente, necesario, construir la ciencia del ideal social. No tengo tiempo ni la pretensión de esbozarla hoy ante vosotros, ni aun á grandes rasgos; pero bien puedo decir que á primera vista sus investigaciones habrán de dirigirse por dos caminos diferentes. Todos los problemas que implica la cuestión social se presentan bajo dos aspectos: investigación de un máximo de utilidad; investigación de un máximo de justicia.

Por una parte, habrá que preguntarse lo que es más útil á la sociedad entera, á su prosperidad, á su seguridad; qué ocurrirá, por ejemplo, cuando se trate de saber cómo ha de organizarse la producción y la circulación de la riqueza, ó bien cómo ha de ponerse el país al abrigo de los ataques del extranjero. La sociedad en tales casos no es más que el sindicato de los intereses idénticos de todos sus individuos.

Mas, por otra parte, como en esto puede haber conflicto, ya del interés general con el interés particular, ya de los intereses privados entre sí; como, aun en casos de intereses idénticos, no es cierto que las voluntades estén de acuerdo acerca de las medidas que han de tomarse, siempre será preciso preguntarse con arreglo á qué principio conviene conciliar esos intereses y esas voluntades opuestas, y esta conciliación es el problema de la justicia. La justicia es la incógnita por descubrir cuando se trata de regular las relaciones de los hombres entre sí, de determinar á quién deben pertenecer los productos y los instrumentos del trabajo, cuál será el régimen de la familia y de la herencia, qué deberes y qué derechos recíprocos en materia política, civil, penal, militar, corresponderán al individuo y á la sociedad. La investigación de la justicia es así como predomina, y no se teme un antagonismo irreductible entre la justicia y la utilidad general que le está subordinada. Como lo ha asentado más de un filósofo, como repetía no ha mucho M. Izoulet en su libro *La ciudad moderna*, tan abundante en fórmulas brillantes, la justicia, condición de toda asociación leal y próspera, seguro mutuo de intereses entre los que la respetan, llega á ser por ello mismo el interés supremo de todos y de cada uno.

(Continuará.)

MI CRISTO

Mi Cristo, el que mi espíritu concibe,
no puede ser el Cristo desdichado
que sufre las ofensas resignado
y á sufrir otras nuevas se aperece.

No puede ser el que su cruz recibe
y con ella al suplicio va cargado
sin rebelarse contra el juez osado
que su sentencia despiadada escribe.

No puede ser el que halla sus placeres
en premiar las ofensas con abrazos
y en trocar los derechos por deberes.

Mi Cristo, al que me estrechan fuertes lazos,
es aquel que á los viles mercaderes
hace salir del templo á latigazos.

ALVARO ORTIZ.

EL PROGRAMA

DE LOS EMIGRADOS COMUNISTAS BLANQUISTAS

(Conclusión.)

Nuestros blanquistas tienen de común con los bakunistas el querer representar la tendencia más avanzada y extrema; por lo cual, dicho sea de paso, aunque en los fines se oponen á ellos, en los medios

concuerdan á menudo. Se trata, pues, de ser más radical que todos los demás en materia de ateísmo. Felizmente, ser ateo hoy, ya no es un arte. El ateísmo se sobreentiende en los Partidos Obreros europeos, aunque en algunos países es á menudo como el de aquel bakunista español que decía: — Creer en Dios es contrario á todo socialismo; pero en la Virgen María, eso es otra cosa: en ella tiene naturalmente que creer todo buen socialista. — De la gran mayoría de los obreros alemanes socialistas democráticos se puede aún decir que para ellos el ateísmo ha envejecido ya. Esa palabra puramente negativa no tiene ya para ellos aplicación, puesto que no están ya en oposición teórica, sino en oposición práctica con la creencia en Dios. *No tienen simplemente nada que ver con Dios*; viven y piensan en el mundo real, y son, por lo tanto, materialistas. Así va á suceder también en Francia; pero, si así no fuera, nada sería más sencillo que desparramar abundantemente entre los trabajadores la magnífica literatura materialista francesa del siglo pasado, que por la forma y el contenido es la más alta expresión del espíritu francés, y que, si se tiene en cuenta el estado de la ciencia en aquella época, por su fondo está todavía á una enorme altura, y por su forma no ha sido aún nunca igualada. Pero esto no les sienta á nuestros blanquistas. Para probar que ellos son los más radicales de todos los radicales, decretan, como en 1793, la abolición de Dios: «Que la *Commune* libre para siempre á la Humanidad de ese espectro de la miseria pasada (Dios), de esa causa (¡causa el Dios que no existe!) de su miseria presente. En la *Commune* no puede haber curas; toda manifestación, toda organización religiosa tiene que ser prohibida.» ¡Y esta pretensión de hacer ateas á las gentes *par ordre du mufti* es suscrita por dos miembros de la *Commune*, á quienes, en verdad, les han sobrado ocasiones de ver: primero, que se puede ordenar infinitas cosas sobre el papel, sin que por eso ellas sean necesariamente hechas; y segundo, que las persecuciones son el mejor medio de fomentar creencias decadentes! Lo segundo es esto: que el único servicio que hoy todavía se puede prestar á Dios es el de hacer del ateísmo un forzoso artículo de fe, y, prohibiendo la religión, sobrepasar las leyes de Bismarck en su *Kulturkampf* contra la Iglesia.

El segundo punto del programa es el comunismo.

Aquí nos encontramos mucho más en nuestro medio, pues el buque en que nosotros navegamos se llama *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado en febrero de 1848. Ya en el otoño de 1872, los cinco blanquistas, al salir de la Internacional, habían adoptado un programa socialista que en todos los puntos esenciales era el del actual comunismo alemán, fundando su salida solamente en que la Internacional se negaba á fraguar revoluciones á gusto de esos cinco. Ahora el Consejo de los 33

adopta ese programa con su concepción materialista de la Historia, aunque la versión al francés blanquista deja mucho que desear cuando no se limitan á repetir el *Manifiesto* casi al pie de la letra, como sucede, por ejemplo, en el siguiente párrafo: «Como última expresión de todas las formas de servidumbre, la burguesía ha despojado á la explotación del trabajo de todos los velos místicos que antes la ocultaban: Gobiernos, religiones, familia, leyes, instituciones del pasado y del presente aparecen, por fin, en esta sociedad reducidos al simple contraste entre capitalistas y trabajadores, como los instrumentos de opresión por medio de los cuales la burguesía mantiene su dominio y sujeta al proletariado.»

Compárese con esto el *Manifiesto Comunista*, sección primera: «En una palabra, en lugar de la explotación adornada de ilusiones religiosas y políticas, la burguesía ha puesto la explotación abierta, desvergonzada, directa y seca. Ella ha quitado su santa apariencia á todos los trabajos hasta hoy dignificados y mirados con devoto respeto. Ha hecho del médico, del jurista, del cura, del poeta, del hombre de ciencia, sus asalariados. Ha roto el velo sentimental de la familia, transformándola en pura cuestión de dinero», etc.

Pero, así que descendemos de la teoría á la práctica, se muestra la singularidad de los 33:

«Somos comunistas porque queremos llegar á nuestro fin sin detenernos en estaciones intermedias, en compromisos que sólo alejan el triunfo y prolongan la esclavitud.»

Los comunistas alemanes son comunistas porque al través de todas las estaciones intermedias y compromisos impuestos, no por ellos, sino por el desarrollo histórico, ven y persiguen claramente su objeto: la abolición de las clases, la formación de una sociedad en que no haya más propiedad privada de la tierra ni de los medios de producción. Los 33 son comunistas porque se figuran que desde que á ellos se les antoje pasar por alto las estaciones intermedias y los compromisos, es asunto concluido; y como hoy va á estallar la *gorda* y ellos van á tomar las riendas del Gobierno, pasado mañana será «introducido el comunismo». Si esto no fuera posible en seguida, tampoco ellos serían comunistas.

¡Presentar la impaciencia como un convincente fundamento teórico! ¡Qué infantil ingenuidad!

Finalmente, nuestros 33 son también «revolucionarios».

Como es sabido, en esta especialidad los bakunistas han hecho ya todo lo humanamente posible en cuanto á palabras retumbantes; con todo, nuestros blanquistas están en la obligación de dejarlos atrás. ¿Cómo? Es bien sabido que el proletariado socialista entero, desde Lisboa y Nueva York hasta Pest y Belgrado, ha asumido *en bloc* la responsabilidad de los actos de la *Commune* de París. Eso

no basta á los blanquistas: «En cuanto á nosotros, reclamamos nuestra parte de responsabilidad por las ejecuciones que se han hecho (bajo la *Commune*) de los enemigos del pueblo» (sigue la numeración de los fusilados; «reclamamos nuestra parte de responsabilidad por los incendios que destruyeron los instrumentos de opresión monárquica ó burguesa, ó protegieron á los combatientes.»

Lo mismo que en cualquier otro momento, en toda revolución se comete inevitablemente una multitud de tonterías, y después, cuando se ha recobrado la calma y la capacidad de crítica, se llega necesariamente á esta conclusión: — Hemos hecho mucho que mejor hubiera sido no hacer, y hemos dejado de hacer mucho que mejor hubiera sido hacer; por eso la cosa salió mal.

¿Cuánta falta de crítica hay en declarar santa é infalible á la *Commune*, en afirmar que todo edificio incendiado y todo rehén fusilado lo fué estrictamente en derecho? ¿No es eso afirmar que durante la semana de mayo fueron fusiladas por el pueblo exactamente las personas que era necesario fusilar, y nada más que ellas, y quemados los edificios que era necesario quemar, y ninguno más? ¿No es eso repetir lo de la primera revolución francesa: todos los guillotinos en justicia, primero los que Robespierre hizo guillotinar, y después Robespierre mismo? A tales niñerías se llega cuando personas muy buenas en el fondo se empeñan en parecer terroríficas.

Basta. En medio de todas las locuras y cómicas tentativas terroristas, no se puede dejar de reconocer un notable progreso en el presente programa. Es el primer manifiesto en que obreros franceses se adhieren al comunismo alemán actual, y hasta obreros de los que consideran á los franceses como el pueblo elegido de la revolución y á París como la Jerusalén revolucionaria. A Vaillant, que está entre los firmantes, toca indiscutiblemente el mérito de haberlos llevado á esas ideas; como es sabido, él conoce á fondo la lengua y la literatura socialista alemana. Los obreros socialistas alemanes que en 1870 mostraron estar completamente libres de todo patriotismo, han de ver una buena señal en que obreros franceses adopten fundamentos teóricos exactos, aunque provengan de Alemania.

FEDERICO ENGELS.

CAMBIO DE IDEAS

— Hoy, amigos míos — dijo Luis separando la silla de la mesa para sentarse, después de indicar al camarero que le sirviese una taza de café —, vengo dispuesto á sostener lo que antes con vosotros combatía: la razón, el derecho, la verdad escueta. Y vengo dispuesto á ello porque he recibido una lección tan dura como inesperada de uno...

¡asombraos!... de uno á quien hasta hoy consideraba mi inferior: de mi criado Martín.

La explosión de risa con que acogimos los allí reunidos aquellas palabras, no es para descrita, y Ramón, con su acostumbrada calma, exclamó:

— ¡Chiflado tenemos!

— Reid todo cuanto en gana os venga, que desde hoy he de estudiar con verdadero cuidado el problema social, y quizá ponga al servicio del cuarto estado todo cuanto tengo y todo cuanto pueda valer.

Con tal seriedad pronunció las anteriores frases — seriedad á la que no nos tenía acostumbrados —, que hizo que calláramos y se fijaran todas nuestras miradas en él, y en nuestro fuero interno supusimos, ó que estaba enfermo del cerebro, ó que algún suceso extraordinario presenciado por el impresionable Luis le hacía hablar en aquella forma.

— Di, Luis, qué lección es ésa, y entonces juzgaremos — replicó Ramón.

— No me haré esperar pues es el suceso más original que podéis figuraros, y del que quizás no halléis ejemplo.

Tomó dos sorbos del café que le habían servido, limpióse los labios con el pañuelo, extrajo del habano que fumaba dos grandes bocanadas de humo, que expelió con fuerza, y habló así:

— Siento molestaros; pero para mí es desde hoy deber ineludible comenzar á propagar en todas partes la buena nueva. Por lo tanto, confiando en vuestra amistad, os ruego que me escuchéis; y después que me hayáis oído, juzgadme y juzgad las ideas que, aunque de un modo incompleto, os voy á exponer y la causa del cambio en mí verificado.

— Creyendo interpretar los deseos de todos nosotros, te concedo la palabra — dijo Ramón.

— Sí, sí — repetimos todos.

— Gracias, compañeros — balbuceó Luis, y añadió sin detenerse:

— Sabéis, queridos amigos, parte de la historia de mi padre; pero lo que ignoráis es que éste debía no poco de lo que fué á un pobre hombre del lugar donde él había nacido, y á quien sólo le dió, creyendo recompensar sus servicios, el cargo de guarda mayor de sus vastas posesiones. Un hijo de ese pobre hombre vino á la corte á nuestro servicio.

Cuando murió mi padre, el muchacho estaba próximo á entrar en quintas; y como yo era el heredero único, decidí, para honrar la memoria del muerto, redimir al mozo del servicio militar.

Poseedor yo de un título de doctor en Medicina — la cual he practicado muy poco — y de un gran capital, solicitaron muchas cosas mi atención y no me hice cargo de las cualidades que mi criado tenía.

Cuatro años han pasado en esta situación.

Anoche, cuando me separé de vosotros para entrar en mi casa, encontré á la puerta de mi despa-

cho un ejemplar del periódico EL SOCIALISTA, que no pude explicarme cómo allí se encontraba. Era la primera vez que veía ese periódico.

Cogí el ejemplar, y con no poca curiosidad busqué en él algo en que fundamentar lo que muchas veces aquí, entre nosotros, habíamos dicho respecto del socialismo y de sus defensores; pero fué en vano. Le leí desechando todo prejuicio ó prevención, y en todo su texto no hallé sino lógica tan pura, argumentación tan sólida, que no tuve más remedio que exclamar: — ¡Si son éstos sus medios y éste su fin, es el socialismo científico la idea más desinteresada, la teoría más hermosa, la esperanza más halagüeña y el pensamiento más práctico, más grande y más perfecto que hasta hoy se conoce.

Impresionado con aquella lectura, quise dormir y no pude realizarlo, pues anduve buscando el mejor medio de indagar por qué causa se hallaba en mi estancia aquel periódico.

Me levanté antes de la hora ordinaria, almorcé, y, después de retirado el servicio por mi criado, dije á éste:

— Martín, anoche he encontrado á la puerta de mi despacho este periódico, y necesito saber quién es el que lo ha traído y con qué intención lo ha dejado aquí; si es de la servidumbre le daré la cuenta y le pondré en seguida en la calle.

— Señor, el periódico es mío, y, sin duda, se cayó anoche del bolsillo de mi americana cuando le abrí á usted la puerta.

— No me parece mal. ¡De modo que tú, el hombre de mi confianza, eres también de los que desean el exterminio de los ricos, de los que dicen que los explotan, cuando vivirías en perpetuo ayuno si no fuera por nosotros! ¡También tú, librado por mí de que fueras al servicio militar...! Pero, vamos á ver: ¿quién te ha metido en esto? ¿Qué entiendes tú de socialismo ni de nada que no sean tus obligaciones de criado? En fin, toma asiento, que estoy seguro de convencerte de lo absurdo de esas ideas y de lo pernicioso que es la lectura de ese periódico para todo fiel criado, puesto que no tiene otra misión que la de sorprender la buena fe de gente incauta é ignorante.

— Con su permiso me siento, y ahora contestaré á sus palabras. Aunque lamento mucho que mi descuido le haya proporcionado un disgusto, me alegro, por otra parte, de que me dé ocasión para decirle lo que jamás haya usted oído.

— Habla con toda franqueza; no te turbe la falta cometida.

— No tengo por qué turbarme. Me ha dirigido usted una serie de preguntas á las que estoy obligado á contestar, y me ha hecho usted algunos cargos que rechazo desde luego, porque mi dignidad de hombre me impide tolerarlos.

Y en vez de contestarle de arriba á abajo, comenzaré por lo último, para que lo primero tarde usted más tiempo en olvidarlo.

Ha terminado llamándome incauto é ignorante. Efectivamente, lo soy, porque en la actual sociedad no puedo ostentar un título de doctor como usted, aunque creo innecesario poseerle para distinguir lo justo de lo injusto y poder discurrir con verdadero acierto, cualidad que, aunque me esté mal el decirlo, no poseen muchos que han frecuentado los institutos y las universidades y que miran por encima del hombro á los que, como yo, no son más que los modernos esclavos.

Se atreve usted á preguntarme qué entiendo por socialismo; á mí, de quien jamás ni su padre ni usted se han cuidado para averiguar si sabía leer, escribir y contar; á mí, que desde la edad de catorce años á la de veintidós, que tengo, estoy sirviendo en su casa. La verdad: me causa extrañeza tal pregunta; y ahora que entre nosotros dos no existen ni amo ni criado, sino dos individuos que van á hablar como hombres, me permito preguntarle á usted: ¿para qué quiere usted los libros que tiene en su biblioteca?

Pues bien: muchos de esos libros, que usted no ha leído, los he estudiado, los he llegado á comprender, y ellos me han inducido á ser socialista. Averigüé, me puse al habla con otros que tenían los mismos sentimientos que en mí despertaron los libros de usted, y para mejor defender mis ideales empleé en instruirme una gran parte de mi salario. Así es que hoy, conociendo bien mis deberes y mis derechos de hombre y teniendo por escudo la razón, no hallo reparo en proclamar que sólo el socialismo científico revolucionario emancipará, no únicamente á la clase trabajadora, sino á toda la Humanidad.

Cónstele, pues, que si hoy ustedes gozan y gastan oro á montones, no son ustedes los culpables, sino la constitución de la sociedad, que engendra la miseria entre unos para fomentar la riqueza entre otros; cónstele también que ese capital de que disfrutan hoy los que nada útil hacen, es la parte del trabajo que no pagan á todos cuantos cooperan en la obra de la producción, y cónstele, por fin, que si usted me redimió del servicio militar, no ha hecho más que pagar algo á cuenta del exceso de trabajo que mis padres han realizado para el de usted.

He dicho lo que siento; tiene usted más motivos que yo para entender lo que sus libros dicen; léalos y estudie las doctrinas que ese periódico propaga, y estoy seguro de que usted, que es noble, que es desinteresado, acabará por defender á los que ahora sólo tenemos la fuerza de la razón y estamos necesitados de la razón de la fuerza.

Y si no le inspiro ya ni la confianza ni el cariño de antes, deme mi cuenta y saldré orgulloso de su casa, diciendo: — No me despiden porque no cumplía con mi obligación, ni me despiden por haber robado: me despiden por ser socialista.

— Hemos terminado; retirete y cumple como

hasta aquí, que ya veré yo el camino que he de tomar.

Salió Martín y me puse á reflexionar acerca de lo que me había dicho; su sinceridad, su lógica, su presentación ante mí como un hombre libre, no como un rutinario doméstico, me han inducido á estudiar las nuevas ideas y casi me siento inclinado á aceptarlas.

— Harás bien — dijo Ramón —, y el día que repartas tus bienes no te olvides de darnos aviso para que vayamos á recoger lo que nos corresponda.

— ¡Así es como razonamos siempre, y luego nos irritamos cuando sabemos que hombres de menos ilustración que nosotros nos aplican calificativos que nos retratan de cuerpo entero!

PABLO CERMEÑO.

CUENTECITO

Predicando con calor
en contra de la embriaguez,
el cura Pedro Rebollo
de esta manera habló ayer:
— Reflexionad, hijos míos;
es hora de que cambiéis
de conducta, pues beodos
con frecuencia se os ve,
mientras que vuestras mujeres
van sin camisa...

— ¡Oiga usted!
¡Mi mujer tiene camisa! —
le respondió un feligrés,
y con muchísimo aplomo
dijo el cura: — Ya lo sé.

E. G. L.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

Primera es verbo, dos-tres
sujeta por lo común,
y el obrero es *todo* aún
bajo el régimen burgués.

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Parásito.

CORRESPONDENCIA

C. M. — Arrigorriaga. — Recibidas 4,10 pesetas.
R. S. — Barcelona. — Id. 18.
J. M. — Roda. — Id. 3.
F. P. — Bilbao. — Id. 54,40; 40,80 de paquetes y 18,60 de suscripciones.

PERIÓDICOS

El Socialista. — Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18, segundo, Madrid. — Se publica los viernes. — *Suscripción por trimestre:* España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75. — *Venta:* Paquete de 80 números, 1 peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiera efectuado. Las suscripciones se reciben: en Madrid en la Administración, y en provincias en el domicilio de las Agrupaciones socialistas y de los corresponsales, dirigiéndose directamente al administrador.

La Lucha de Clases. — Publicase los sábados en Bilbao. *Condiciones de la publicación:* Las mismas que El Socialista. — Redacción y Administración: Bailén, 41.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero, Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10, 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, **SOMBRETERE**, 11 duplicado, 2.º.